

KAROL WŁADYSŁAW KRAJ OCD

TERESA DE JESÚS ANTE LA IMAGEN DE UN CRISTO LLAGADO. LA EXPERIENCIA DECISIVA DE DIOS PARA TERESA. ANÁLISIS DEL RELATO

Justamente, y no hace mucho tiempo, el P. Camilo Maccise – presentando una adaptación del *Libro de la vida* de Santa Teresa al español contemporáneo realizada por Angela Nattero Ferrero – recordaba un hecho muy obvio: “Los místicos son el vértice de la conciencia cristiana y, por ello, sus experiencias y su doctrina son siempre actuales. A pesar de la distancia de tiempo y lugar en que ellos vivieron y escribieron, pueden orientar la existencia de los creyentes de todas las épocas”¹. Por otra parte conviene observar que resultaría fatal un eventual olvido de que el mero hecho de que los místicos existían, existen y existirán puede ocasionar los efectos arriba mencionados, prescindiendo de un interés, aunque sea mínimo, de los creyentes por sus experiencias, por su doctrina y finalmente por una sana espiritualidad vivida en el cada día.

Con el presente artículo, que es fruto de dicho interés, pretendo acercarme a la experiencia de Dios vivida por Santa Teresa de Jesús; esto, pero, según dicta y precisa el título mismo. Me gustaría además resaltar que las páginas que aquí aparecen se suman a la bibliografía ya muy rica, la cual ciertamente por motivo del próximo centenario del nacimiento de la Santa, todavía ganará nuevas páginas².

1. OBSERVACIONES PRELIMINARES (O NO NECESARIAS)

Antes de emprender el estudio directo del tema quería proyectar algunas premisas. Pueden ser consideradas incluso como no necesarias porque se podría dar

¹ C. MACCISE, *Presentación*, en: *Santa Teresa de Ávila, Libro de la vida. Adaptación al español extemporáneo por Angela Nattero Ferrero*, México 2006, p. 7.

² Cf. M. DIEGO SÁNCHEZ, *Bibliografía sistemática de Santa Teresa de Jesús*, Madrid 2008.

por descontado lo que a través de éstas se dirá. De todos modos he optado diversamente por no favorecer ninguna ambigüedad y por consiguiente hay que tener en cuenta que:

– Sin duda alguna “para santa Teresa, como para todo cristiano consciente de su fe, Jesús es el centro orbital de su vida nueva y de toda la propia historia de salvación”³.

– Además con cierta facilidad se deduce de las cosas arriba afirmadas que la cualidad de esta correlación depende, por decirlo así, de cuán largo sea el diámetro de la órbita y de cuán fuerte sea la docilidad al centro de gravedad. En la vida de un místico precisamente por ser místico tropezamos con un sistema casi perfecto, es decir con el centro orbital según una versión originaria. Sin exagerar se puede afirmar que existe una fuerte dependencia entre una experiencia mística y un proceso del traslado del centro de gravedad al lugar justo.

– En pos de esta óptica y de estos términos se hace posible pensar en las experiencias de Dios, experiencias verdaderas y propias de Dios, como de una fuerza eficaz para trasladar a un hombre a la posición que le corresponde respecto al “centro de gravedad”. Esto, pero, sin olvidar que “la experiencia mística, como el acto de fe, comporta siempre estos tres aspectos esenciales: un aspecto noético (cognoscitivo), un aspecto ético (moral) y un aspecto fundamental, primordial, que surge de la experiencia, del contacto íntimo con la realidad de la fe, con su objeto, que es el Sujeto con respecto a nosotros, el acontecimiento mismo del Misterio, aun cuando la experiencia de ese acontecimiento no pueda hacerse inteligiblemente refleja y objetivada verbalmente”⁴.

2. PLANTEAMIENTO Y DESARROLLO DEL TEMA

Los aspectos más importantes que deben tratarse acerca de la experiencia decisiva de Dios en Teresa son los siguientes: *cuándo ésta tuvo lugar, en qué consistió y qué consecuencias tuvo*. Para responder a las preguntas supongo que sea necesario y suficiente hacer una selección de algunas líneas escritas por la Santa y luego seguir, leyéndolas y analizándolas conforme a los principios del análisis. Parece que así sea posible obtener una exposición de la realidad que está detrás de las palabras que forman los textos analizados. Una vez descubierto lo que transmiten las palabras y lo que los textos tienen como propia intención y verdad, será también posible indicar lo decisivo en la experiencia de Teresa.

³ T. ÁLVAREZ, *Jesucristo en la vida y la enseñanza de Teresa*, en: *Diccionario de Santa Teresa*, ed. T. Álvarez, Burgos, 2002, p. 733.

⁴ SALVADOR ROS GARCÍA, *Mística teología*, en: *Diccionario de Santa Teresa*, ed. T. Álvarez, Burgos, 2002, p. 448.

a. Primer aspecto: *cuándo ésta tuvo lugar*

Para hacer frente a la presente experiencia basta sólo con recordar que a propósito de este acontecimiento, todos los teresianistas están de acuerdo cuando hablan de su datación y la sitúan en el año 1554⁵, y aún más exactamente, en el tiempo de Cuaresma. Por entonces Teresa cuenta con unos 39 años y vivía su vocación religiosa en el monasterio de La Encarnación. No menos unánime resulta la valoración de dicho evento entre los teresianistas. Se suele denominar como *el acontecimiento decisivo*.

b. Segundo aspecto: *en qué consistió*

Para ver en qué consistió esta experiencia de Teresa y qué sucedió realmente en aquel día de Cuaresma del año 1554, en este encuentro decisivo entre Jesucristo y ella, es oportuno acercarse al mismo texto en el cual la Santa lo narra. Pues bien, la narración que nos interesa aquí examinar forma parte del capítulo noveno del *Libro de la vida*, cuya redacción definitiva está datada en los últimos meses de 1565⁶. Quiere decir esto que nosotros disponemos de una formulación autoexpresiva y valorativa de la experiencia vivida por santa Teresa, hecha ya desde una perspectiva de los años transcurridos y después de múltiples intentos por pronunciarse. Por ello, tiene sentido abordarla de modo analítico y minucioso, pues estamos ante una narración testimonial con la cual se procuraba “encerrar en las palabras” lo sucedido. Sin más, pasamos ya al texto transcribiéndolo y sometiéndolo luego, al análisis.

“Pues ya andaba mi alma cansada y – aunque quería – no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que,

⁵ Véase sobre todo la nota a pie de página en SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, Madrid 1994⁴, p. 51.

⁶ El proceso de redacción del *Libro de la vida* es bastante complejo y se extiende a lo largo de muchos años. «Pues como di el libro y hecha relación de mi vida y pecados, lo mejor que pude por junto» (V 23, 14). Conforme a este testimonio el primer esbozo de lo que, con tiempo será el *Libro de la vida* se remonta hacia un periodo casi inmediato a la conversión, con una fecha probable: 1555; y luego tras un segundo intento narrativo que tuvo lugar poco después – «Comencé a tratar de mi confesión general y poner por escrito todos los males y bienes; un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe sin dejar nada por decir» (V 23, 15) – surge en junio de 1562 una primera redacción. Así lo atestigua una nota que cierra el texto de la carta de envío del manuscrito: «Acabóse este libro en junio, año 1562». La segunda y definitiva redacción se relaciona con la sugerencia del Inquisidor Soto: «Y díjole también – como la vio tan fatigada – que lo escribiese todo y toda su vida, sin dejar nada, al maestro de Avila» (CC 53, 7) y corresponde al año 1565. Para más detalles se puede consultar: E. LLAMAS, *Libro de la vida*, en: *Introducción a la lectura de santa Teresa*, dir. A. Barrientos, Madrid, 1978, p. 210–216.

en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle” (V 9, 1).

Un análisis preliminar de la descripción dada por Teresa, fijándonos en la estructura del texto y en su léxico, nos ofrece suficiente sustancia semántica y psicológica, y por consiguiente nos permite señalar tres aspectos o niveles, en los cuales, se puede aclarar el acontecer, el sentido y el significado de la experiencia que tuvo Teresa ante la imagen de un Cristo llagado. Los mencionados aspectos o niveles son estos: *el objeto de la percepción; el sujeto del acontecimiento; la dimensión sensorial de la percepción*. Pensamos además que con estos tres aspectos es posible abarcar en plenitud la realidad codificada en la narración teresiana.

El objeto de la percepción. Es evidente que, al narrar este episodio, Teresa hace referencia, para la primera fase de lo acontecido, a una imagen, a una obra de arte que representa a Cristo; y luego, para relacionar el punto culminante de su experiencia se refiere a la persona de Cristo. Estamos ante un proceso que se ha iniciado con el *ver la imagen* y ha desembocado en el *ver a quien ésta representaba*.

Pues bien, lo que nos corresponde hacer ahora es documentar el aludido proceso y señalar definitivamente el objeto de la percepción. Creemos posible lograrlo fijándonos en las palabras enclíticas usadas por Teresa.

– Una primera palabra de este tipo es la de *mirándo-la*⁷. Hacemos hincapié en el hecho de que a través de ella se indica que en el área de la percepción de Teresa está y sigue presente la imagen plástica, es decir, un objeto que representaba a Cristo, una obra de arte. Así pues, entre el ver inicial – “vi una imagen” – y el acto

⁷ Éste elemento lingüístico se denomina la *enclisis pronominal*. Está formada por el pronombre personal de tercera persona de forma átona y en función del objeto directo *la* (con la función sintáctica que ejerce, designa la persona o cosa que recibe directamente la acción del verbo transitivo precisando y concretando el significado de dicho verbo) y por la forma verbal del gerundio *mirando*. Las connotaciones que el mismo verbo *mirar* presentaba en tiempos de Teresa no difieren significativamente de lo que actualmente con el se entiende: «Mirar = latine ‘aspicere’; este mirar se haze con los ojos, poniéndolos en el objeto o cosa que miramos y juntamente la consideración y advertencia del ánimo, porque si éste no concurre no se consigue el efecto de mirar. Esta es la razón porque muchas veces se toma mirar por advertir y considerar. Malmirado, el poco advertido. Miramiento, al respeto que se deve tener. Y otras infinitas maneras de hablar con esta alusión. Díxose mirar del verbo ‘miror’, ‘miraris’, porque lo primero que hazemos quando miramos alguna cosa, si nos es nueva y hasta entonces no vista, inorando lo que sea, nos admiramos; y assí llamamos cosas admirables las muy excelentes, por la novedad que causan.» (S. DE COBARRUVIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana o Español*, Madrid 1977).

de mirar – “en mirándola” – todavía no es patente ninguna experiencia en el nivel teológico y en su sentido bíblico. Más bien se puede hablar de una experiencia en el nivel empírico que no pasa de la actividad de los sentidos exteriores y que se limita a percibir el objeto alcanzable por ellos.

– Una segunda construcción enclítica empleada por santa Teresa es *ver-le*⁸. Esta enclisis desempeña un papel muy importante, pues desde esta construcción literaria se vislumbra que el mismo acto de mirar se ha convertido en el acto de ver que se refiere y corresponde a «algo situado más allá del espacio-temporal y aun de lo intramundano»⁹. Dado que dicho ‘algo’ en nuestro caso equivale a la persona de Cristo, estamos ante un acto de mirar que aporta una forma original de conocimiento y encuentro personal con Cristo resucitado. Se trata del conocimiento intuitivo y el encuentro que se basa en el acto de ver en el sentido bíblico, que exige la apertura de los ojos (cf. Jn 20, 8; Lc 24, 31). Con esto queremos decir que Jesús le da la gracia de dejarse ver y reconocer, de modo semejante a la Magdalena, los discípulos de Emaús o los apóstoles en su encuentro con Cristo resucitado¹⁰. Por supuesto, no insinuamos ni subrayamos aquí nada más que lo siguiente: la cristofanía, siendo en el fondo una gracia inmediata de la revelación, con todo lo que ésta supone – aunque en grados que pueden variar según los casos – normalmente exige un lapso para despojarse de la mediatez en la que se remonta. Pues bien, la conclusión con la cual nos quedamos después del análisis que hemos realizado es la siguiente: se trata del objeto de percepción que no es otro sino Cristo resucitado.

El sujeto del acontecimiento. Para examinar el testimonio de Teresa a este respecto, es necesario considerar las afirmaciones arriba expuestas, como también retomar y admitir lo que suele decir en relación con la revelación y con el diálogo.

⁸ Tenemos aquí igualmente que en el caso anterior la enclisis con tal diferencia que está formado por pronombre personal de tercera persona de forma átona y en función de objeto indirecto *le* (es decir, en función sintáctica que indica la persona o cosa personificada que recibe los efectos de la acción del verbo) y, por la forma verbal del infinitivo *ver* concertado de otro verbo. En este caso verbo *me turbó*. El resultado de una simple confrontación de los significados del verbo *ver* coetáneo de Teresa y contemporáneo indica que estos no se diferencian. «Ver = es mirar y advertir con los ojos, del verbo latino ‘video’, es ‘oculorum sensu aliquid percipio’. Algunas veces llamamos ver lo que es propio de otro sentido, como estando en un aposento cerrado y corriendo las canales, decimos: ¿No veis como llueve? Y como este ejemplo se podrían dar muchos. Algunas veces se toma el ver por entender, como si dexésemos: No avéis visto lo que avéis hecho, o mirad lo que avéis hecho, que vale considerar y advertid con el ánimo. Ver y creer, proverbio de los que no se confían de que se las trata verdad. ‘Ojos que no ven, corazón que no llora’» (ibidem).

⁹ A. BLANCH, *Comparación de la experiencia estética con la religiosa*, en: *Experiencia religiosa*, ed. A. Dou, Madrid 1989, p. 84.

¹⁰ Cf. COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, Madrid 1996, p. 123.

Pues bien, como hemos visto, el encuentro de tipo sujeto-objeto se ha transformado en un encuentro de dimensión e índole dialogante: sujeto-sujeto, es decir, encuentro y relación interpersonal de Teresa con el Misterio de Dios accesible en Cristo. Una relación donde los respectivos sujetos llegan a ejercer al máximo el grado de su actividad. Pues bien, sin más pasamos a la descripción.

– Santa Teresa como sujeto en relación. Explorando la expresión “Fue tanto que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas” hemos encontrado una base sólida para describir el modo en que Teresa está presente en función del sujeto durante esta concreta experiencia. Por una parte, pues, ya el mismo recurso literario adoptado por la autora nos indica algo muy importante. Es decir, detrás de la expresión preponderativa “fue tanto” se esconde un intento de comunicar que el sentir al que se refiere no es de género corriente ni se da únicamente en la esfera emotiva de su persona. Pues santa Teresa señala así que el sujeto del diálogo-encuentro con Dios ‘ejerce’ su condición de sujeto plenamente y desde dentro. En consecuencia, la sustancia misma del alma se despierta, y como despierta, se encuentra y se halla en Dios. Por otra parte, si la Santa confiesa explícitamente haber faltado al agradecimiento debido, es por haberse encontrado con ‘algo’ o ‘alguien’ que le posibilitó caer en la cuenta¹¹. Notamos entonces que en el fondo de esta frase se atestigua un hecho: Teresa habría podido descubrir el verdadero sentido de la pasión de Jesucristo, o mejor dicho, este encuentro «la hizo comprender el sentido del Señor para la vida del hombre»¹², y que, efectivamente, sólo a la luz de su resurrección, su cruz se ha convertido en la fuerza de nuestra rehabilitación (cf. Rm 4, 24s). Esto significa, según nuestro punto de vista, que Teresa aprecia el verdadero valor de las llagas de Cristo desde el sentirse salvada por ÉL. Ahora bien, para concluir esta especificación acerca de Teresa como sujeto en la experimentada relación con Dios, hace falta decir que lo es «como no lo es en ninguna otra acción u operación que pueda

¹¹ Tras una confrontación del inadecuado agradecimiento confesado por Teresa con el sentido bíblico de acción de gracias, se puede desprender una conclusión de este fallo (del agradecimiento), que va más allá de una falta moral. Es una mera consecuencia de no encontrarse personalmente con el don de salvación y aun más, con el mismo Dador de ésta. Pues la realidad primera de la historia bíblica es el don de Dios gratuito, sobreabundante, sin revocación. Y por consiguiente el encuentro personal con Dios pone al hombre en presencia del absoluto, y lo colma y transforma su vida. La acción de gracias aparece como la respuesta a esta gracia progresiva y continua, aparece como la actitud primordial de la conciencia de los dones de Dios. Acción de gracias es el entusiasmo del alma maravillada por la generosidad de Dios que ofrece salvación, reconocimiento gozoso ante la grandeza divina de haber sido redimido en y por Cristo. Para la Biblia, la acción de gracias es por lo mismo esencial, porque equivale a una reacción religiosa fundamental de la criatura que descubre en el Creador sus raíces. Y por lo contrario el pecado capital de los paganos consiste, según san Pablo, en que «no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias» (Rm 1, 21). Cf. A. RIDOUARD, J. GUILLET, *Acción de gracias*, en X. León-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona 1976, p. 41.

¹² S. CASTRO, *Ser cristiano según Santa Teresa. Teología y espiritualidad*, Madrid 1985², p. 46.

emprender. Aquí, como en ninguna otra, es el hombre él mismo: unificado, concentrado, presente en su totalidad personal»¹³.

– Dios en la persona de Cristo, sujeto verdadero. Que Cristo es el sujeto de la experiencia de Teresa ya lo hemos dicho antes. Pues bien, con el adjetivo *verdadero* completamos y especificamos únicamente la moción sobre el modo en que es percibido. Al decir que, «precisamente por ser trascendente en ese sentido preciso, el Misterio pueda ser vivido por el hombre religioso como la realidad más íntimamente inmanente, como el ‘interior íntimo meo’»¹⁴ queremos hacer hincapié en el siguiente hecho: el Cristo experimentado por Teresa se constituye en Ser, el ser que sustenta, que atrae, que vale por sí mismo, que salva. La presencia de las resonancias afectivas en la narración teresiana justifica lo que hemos dicho a este propósito¹⁵. A continuación vamos a tratar acerca de ellas.

La dimensión sensorial de la percepción. Desde lo que venimos diciendo sobre el sujeto en relación con Teresa, sabemos que lo experimentado por ella no puede ser reducido a una mera emoción sensible, porque encuentros de este tipo alcanzan ‘el más profundo centro’ del hombre. Sin embargo, leyendo nuestro texto observamos que Teresa se sirve, para descubrir su experiencia, de las expresiones “toda me turbó [...], fue tanto lo que sentí [...], el corazón me parece se me partía” que aparentemente remiten a las áreas sensibles. Para ver el verdadero significado de estas expresiones hay que analizarlas con atención.

– “toda me turbó de verle tal”. En esta referencia a lo acontecido, llama la atención el uso del adjetivo *toda* – que desempeña aquí la función del pronombre indefinido – y de la forma verbal pasiva *me turbó*. Pero cuando la Santa dice *toda* indica la dimensión del efecto ocasionado por el ver; por lo mismo nos percatamos que la relación que se estableció entre ella y Cristo, en su alcance abarca por entero su ser. Este carácter totalizante de la experiencia Teresa lo señala en otro lugar cuando dice: «Estando una vez en oración, se me representó muy en breve, sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad, cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en sí» (V 40, 9; 4 M 10, 2). Se trata entonces asimismo de una experiencia que afecta a la totalidad de la persona, no hay una área especial para ella, sino que es vivida por el sujeto todo entero desde el centro mismo de su ser, para que – como dice Juan de la Cruz con admirable expresión – «dándote todo al todo de mi alma, toda ella te tenga a ti todo» (CB 6, 6), lo que Teresa llama «un dilatamiento o ensanchamiento en el alma [...] que la habilita para que quepa todo

¹³ J. MARTÍN VELASCO, *Las verdades de la experiencia religiosa*, en: *Experiencia religiosa*, ed. A. Dou, Madrid 1989, p. 66.

¹⁴ *Ib.*, p. 68.

¹⁵ Cf. *ib.*, p. 69.

en ella» (4 M 3, 9). En una palabra, cuando santa Teresa se expresa con la fórmula *toda* para describir su encuentro con Cristo indica precisamente – a nuestro modo de ver – una profunda percepción, de una nueva y original forma de conocimiento de Dios presente en el hombre, como experiencia inmediata.

Con la construcción *me turbó* Teresa nos avisa que tuvo lugar una ‘ruptura de niveles’ – provocada por una noticia, por un saber. Se trata de la noticia que, por una parte, como indica la forma pasiva, no es obtenida, sino padecida «acaecióme», y como tal, viene desde el más profundo centro de Teresa, donde está el epicentro del encuentro con Cristo. Por otra parte, se trata del saber que deriva del encontrarse en sí mismo con Cristo, con su presencia que se le otorga de forma enteramente gratuita. Se trata de una presencia que está percibida como una profunda conmoción. El significado de la misma la veremos inmediatamente.

– “fue tanto lo que sentí” «En coherencia con el estilo de pensar y de escribir de la Santa, su postura ante el misterio de Cristo es, en primer lugar, experiencia mística y profética: cristopatía»¹⁶. Esto significa que la pasividad a la que arriba aludimos llega a ser experimentada, llega a ser un estado ‘teopático’ en el que la realidad de Dios es padecida más que sabida, porque – y eso dice Teresa en otro lugar – «como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo» (V 18, 14). Por lo mismo mientras en la experiencia religiosa ordinaria el hombre descubre a Dios presente en miles de signos a través de los cuales se manifiesta, y asciende más o menos penosamente de las cosas, de sus propios actos o facultades hacia él, para terminar cayendo en la cuenta de que si ha podido descubrirlo es porque ya estaba en su interior moviéndole a buscarlo. En la experiencia mística se toma conciencia de esa presencia dada y experimentada como dada: «porque quiere dar a sentir esta presencia, que no es menester andar a buscar consideraciones para entender que está allí» (CC 66, 10), y que «el mismo Señor lo hace, y nosotros casi nonada» (V 21, 11).

– “que el corazón me parece se me partía”. En nuestra opinión para calificar adecuadamente esta ‘sensación’ de la división del corazón hay que tener en cuenta que la verdadera experiencia mística de Dios siempre admite, y no suspende, el axioma bíblico: «no puede verme el hombre y seguir viviendo» (Ex 33, 20). Con esta advertencia queremos distanciarnos de una interpretación simplista acerca de este rasgo de su experiencia y ubicarlo más allá de la sensación corpórea, y por lo mismo, decir que «Teresa se siente tocada, traspasada, en lo más íntimo de su ser, por la presencia anegante de Dios; y experimenta esta presencia invasora, arrebatadora, en la raíz de sí, sacándola de sí»¹⁷. Ahora bien, como hemos visto, el núcleo de la dimensión

¹⁶ T. ÁLVAREZ, *Estudios Teresianos*, vol. III: *Doctrina espiritual*, Burgos 1996, p. 12.

¹⁷ P. CEREZO GALÁN, *La experiencia de la subjetividad en Teresa de Jesús*, en: *La recepción de los místicos Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*, coord. S. Ros García, Salamanca 1997, p. 183.

sensorial de la percepción de Dios ligada a su experiencia mística, al contrario de lo que de pronto puede parecer, está arraigado más allá del nivel sensible del hombre. Realmente algunos teresianistas piensan que la contemplación de la imagen de Cristo fue una auténtica visión sobrenatural, muy similar a aquellas otras que más tarde jalonarían por entero la existencia de Teresa. Esto significa que ha leído en la imagen más de lo que ésta podía decir a un espectador neutral.

Austeridad fenoménica. La austeridad de los fenómenos y efectos simbólicos propios de los acontecimientos teofánicos es más que evidente. Externamente el acontecimiento lleva los rasgos de la normalidad en cuanto a la oposición de lo prodigioso. Este hecho nos parece muy importante, dado que señala la comprensión de la experiencia de Dios, que no tiene nada que ver con la “barata mística”. Al contrario la misma sobriedad que hace hincapié en el hecho de que el meollo de la experiencia verdadera del Misterio, se centra más allá de los fenómenos externos, atestigua que tuvo lugar ‘algo’ grande que consistía en el encuentro personal con Dios personal.

Dinámica interna. El núcleo de la experiencia es atestiguado, dentro de lo posible, y no hace falta suponer, basándose en consecuencias posteriores, que se trata de una experiencia estremecedora y transfiguradora, y no de sólo una simple vivencia religiosa. La fuerte emoción afectiva ocasionada por ver el rostro y el cuerpo del Señor que desfigurados por azotes y los escarnios demostraban bien a las claras el precio del amor que salva¹⁸, no se identifica con una movilización meramente sensible, con una vivencia que anima. Más bien, ésta constituye una travesía hacia el “centro del alma”, por un proceso que se pone en marcha simultáneamente hacia una cristofanía decidida y proporcionada por el Señor.

Dinámica externa. Santa Teresa como mujer ansiosa de amar, y estando al borde de una desesperación por no haber encontrado un modo adecuado para realizar sus deseos, ha sido sorprendida por la presencia del Amor. Esto tuvo lugar en un oratorio con todas las actividades, por parte de ella, que normalmente acompañan al sencillo acto de entrar en el lugar de oración.

Pues bien, en cuanto a la dimensión y dinámica externa en la cual se ha inscrito y se ha dado esta experiencia de Dios, constatamos a Dios que para darse a conocer a Santa Teresa, “aprovecha” la mediación de una imagen plástica de Cristo. Se puede decir entonces que Dios en la persona de Cristo saliendo al encuentro del hombre, en cierto modo, se ajusta a las posibilidades de éste. Pues bien, Cristo en virtud de la condición de la plena posesión del Espíritu, es capaz de entrar en

¹⁸ Cf. S. CASTRO, *Cristología Teresiana y nueva espiritualidad*, “Surge” 40(1982), p. 281–282.

comunidad muy profunda con los hombres activando la capacidad del mismo en referencia a la apertura y receptividad de lo divino¹⁹.

Modo expresivo. Denunciando algo más que los frutos de una simple observación, Santa Teresa decía: «Una merced es dar el Señor la merced y, otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es» (V 17, 5). Las propiedades del discurso tal como la gramática del texto y su lingüística evidencian, que Teresa narra su experiencia a través del estilo coloquial. En el fondo de esta narración, como se puede suponer a la luz de la afirmación citada, hay una preocupación por dar a entender la gracia recibida. Teresa no se pierde en las cosas secundarias, lo importante y decisivo es el mismo encuentro con Cristo. Es cierto que mientras se intenta narrar y comunicar una experiencia mística – por ser ésta inefable – se potencian las dificultades en la realización de dicho intento, y al mismo tiempo aparecen los riesgos de caer en un subjetivismo narrativo o interpretativo. Sin embargo, el modo de presentar la experiencia tal como sale de la pluma de Teresa nos parece muy seguro por centrarse en lo experimentado, evitando el peligro de fabular lo vivido y poner el énfasis en la epidermis de la misma experiencia.

Convicción acerca de la veracidad de la experiencia. En la vida de la Santa, una mujer que ama andar en verdad, el esfuerzo por discernir de qué espíritu se trata, si de Dios o del demonio, es constante: «Si es del demonio, alma ejercitada parece lo entenderá; porque deja inquietud y poca humildad y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios. No deja luz en el entendimiento ni firmeza en la verdad» (V 15, 10). Señales sobrias y certeras que conducen a Teresa a una certidumbre existencial y que ella expresa a menudo en términos muy concluyentes: «esto es así, y quien tuviere experiencia verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho» (V 25, 9); hasta el punto incluso de llegar a decir, en clara actitud desafiante, «que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas» (V 27, 9; CC 1, 34); plenamente convencida de que aquello era doctrina de Dios: «esto que digo es entera verdad, y así es suya la doctrina» (V 18, 8), «es excelente doctrina ésta y no mía, sino enseñada de Dios» (V 19, 14); y por eso mismo convencida también de su validez para otros, como no duda en decirle al teólogo censor del libro, al P. García de Toledo: «diré lo que pasa por mí, para que, cuando sea conforme a esto, podrá hacer a vuestra merced algún provecho» (V 10, 8); y más adelante, refiriendo su experiencia sobre la oración de quietud, «que comprende mucho y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento», tampoco vacila en añadir: «esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir» (V 15, 7).

¹⁹ Cf. A.M. ARTOLA, *Comprehensus a Christo Domino (Phil. 3, 12) in San Paolo Apostol, en Mistica e misticismo oggi*, Roma 1979, p. 208.

La experiencia mística comporta entre otros aspectos, dos que son esenciales: un conocimiento (un saber de las cosas divinas) y una orientación radical a Dios, lo que en palabras de Teresa quiere decir que esa experiencia «deja luz en el entendimiento y firmeza en la verdad» (V 15, 10), y que al obrar así, esclareciendo la inteligencia y fortaleciendo la voluntad, manifiesta desde sí misma su propia veracidad. La veracidad de la experiencia mística está sobre todo en los efectos que deja: «en los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse» (4 M, 2, 8), ya que cuando ésta es verdadera, arrastra irresistiblemente a vivir en consecuencia.

c. Tercer aspecto: *qué consecuencias tuvo*

No cabe duda que también para tratar este aspecto de la experiencia padecida de parte de Santa Teresa ante la imagen de Cristo llagado la mejor manera sea aquella que cuenta con los textos-testigos, las palabras-confidencias de la misma Teresa. Pues bien comenzamos insertando los dos textos.

“Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regálándose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno” (V 4, 10).

“Y así acaece no las hacer [las mercedes] por ser más santos a quien las hace que a los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en san Pablo y la Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas” (1 M 1, 3).

Las voces, que a modo de reminiscencias ejemplares hemos transcrito, remiten claramente al verdadero iniciador de la experiencia padecida por Teresa y comprueban que efectivamente una verdadera cristofanía tiene que situarse en el nivel del más allá de mera iniciativa humana y se debe únicamente a la libre y misericordiosa iniciativa de Dios. Y así «la conversión en Teresa, y según ella, es un reconocimiento existencial del Dios-que-salva. Reconocimiento de Dios que es dejarle ser él mismo. Aceptar a Dios ‘agente’, que se comunica, que hace mercedes. Confiar en él y convertirse a él. Convertirse no a unos actos morales mejores, sino a la Persona que nos hace mejores, que actúa gracia. La conversión es obra suya. Don suyo. No ‘conquista’ del hombre»²⁰. «Pues el mismo Dios que dijo: ‘De las tinieblas brille la luz’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 Co 4, 6).

²⁰ M. HERRÁIZ, *La conversión a Dios. Experiencia y palabra de Santa Teresa*, “Vida Religiosa” 59(1985), p. 81.

Mirada retrospectiva. De nuevo queremos que hable la Santa.

“Cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces”
(V 9, 3).

“Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva. La de hasta aquí era mía. La que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía. Porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí” (V 23, 1).

Resulta más que evidente que para Teresa aquéllos encuentros no se redujeron, ni mucho menos a un mero contacto esporádico, más bien, fueron como la pauta que marcó toda su vida. «El capítulo noveno de la ‘autobiografía’ constituye uno de los más neurálgicos de la misma. Secciona [...] la vida de Teresa en dos mitades. A partir de él comienza la mística. Por otra parte, la propia Santa Teresa considera su existencia precedente como un lento devenir hacia este acontecimiento»²¹. Otro tanto se puede decir en relación con el Apóstol, dado que «la transformación que se llevó a cabo en la llamada conversión de Pablo es igualmente total y radical. Se verificó allí un auténtico cambio de signo algebraico: lo que hasta entonces estaba marcado por el signo ‘más’ asumía el signo ‘menos’; y lo que estaba marcado por el ‘menos’ recibía ahora el ‘más’»²².

Mirada prospectiva. Una vez más, serán las palabras de la propia Santa las que resuenen.

“Es imagen viva; no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios. No como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado” (V 28, 8).

“Porque no nos puede su Majestad hacérsosle [regalo] mayor que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza – como aquí he dicho alguna vez – para poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron a Cristo nuestro Señor fueron los de mayores trabajos; miremos los que pasó su gloriosa Madre y los gloriosos apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir San Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones y contemplación cuando es de nuestro Señor, y no imaginación o engaño del demonio” (7 M 4, 4–5).

²¹ S. CASTRO, *Ser cristiano...*, p. 46.

²² L. DE LORENZI, *La vida espiritual de Pablo*, en: *Espiritualidad del Nuevo Testamento*, ed. G. Barbaglio, Salamanca 1994, p. 97.

«El que habita en Cristo es nueva creación» (2 Co 5, 17). Esta frase paulina muy bien pudiera ser la nota fundamental y nuclear de lo que supone para Teresa estar determinada y rehecha por el acontecimiento Cristo. En efecto, cuando Pablo indica la realidad de la *nueva creación en Cristo*, lo hace para referirse a lo más genuino de la experiencia del misterio cristiano: el acontecimiento salvífico, Jesucristo, que arrancando al hombre del antiguo eón del pecado y de la muerte, lo coloca en un nuevo eón, *en Cristo*, incorporándolo a su cuerpo, que es la Iglesia. Estar, pues, determinados por el acontecimiento Jesucristo supone una nueva reordenación ontológica. Con otras palabras, desde el acontecimiento Jesucristo experimentado personalmente, para santa Teresa (y por supuesto para todos los creyentes), se hace posible descubrir la verdadera identidad y dignidad: *ser Cristo, ser nueva creación*. Por consiguiente, esto, en la práctica, significa un cambio de paradigma en relación con Dios, es decir, a base de los ‘datos’ que han sido aportados por la experiencia y en adelante, para ambos, la imagen de Dios corresponde al Cristo crucificado y resucitado que salva gratuitamente.

NOTA FINAL

Una vez llegados a este punto, resulta espontáneo decir que la reflexión y la explicación que hemos ofrecido, aun a grandes rasgos, podrá siempre mejorarse y ampliarse. Nos queda todavía por decir algo menos espontáneo y más apropiado para concluir nuestra exposición de la cuestión tratada. Sería esto: aquí termina el estudio, pero a la vez se hace posible percibir una invitación, una llamada, para retomar o iniciar, según los casos, un camino. El camino posible y deseable hacia un encuentro vivificador y renovador con Jesucristo y al mismo tiempo, un camino siempre necesario.

- Posible, dado que Él es principio permanente en la vida del cristiano, según nos dice la carta a los Hebreos: “Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre” (13, 8).
- Deseable, porque sin duda alguna, un encuentro decisivo con Jesucristo entabla una permanente relación con su persona reconocida viva, acogida como revelación de Dios, y confesada por medio de una cualidad de la vida humana como salvación última de la misma.
- Necesario, ya que una verdadera comunión con Jesucristo no tiene lugar primordialmente porque se diera una acogida de la mera noticia de su existencia pretérita, sino por el reconocimiento de su presencia viva en la actualidad y por su capacidad para engendrar en el hombre una vida nueva.

STRESZCZENIE

KAROL WŁADYSŁAW KRAJ OCD

*Teresa od Jezusa przed wizerunkiem Chrystusa ubiczowanego.
Teresy decydujące doświadczenie Boga. Analiza przekazu*

Życie i świadectwo mistyków – z tej racji, iż w wierze Kościoła dany im został „bezpośredni dostęp” do centralnej tajemnicy wiary, to jest do Osoby Jezusa Chrystusa – staje się dobroczynną misją dla wierzących. Niniejszy artykuł został pomyślany jako swego rodzaju współpraca ze św. Teresą od Jezusa, należąca do grona mistyków Kościoła, która tak pisze w *Księdze życia* o Jezusie Chrystusie: „Jest On żywym obrazem, a nie umarłym człowiekiem, i daje zrozumieć, że jest człowiekiem i Bogiem; nie takim, jakim był w grobie, lecz takim, jaki wyszedł z niego po zmartwychwstaniu” (Ż 28). Celem podjęcia tej współpracy jest dostarczenie chociaż niewielkiej pomocy w odczytaniu doświadczenia opisanego przez św. Teresę oraz dyskretne przypomnienie za Listem do Hebrajczyków, że „Jezus Chrystus – wczoraj i dziś, ten sam także na wieki” (13, 8), jest otwarty na spotkanie człowiekiem. Rzecz jasna, że takie spotkanie czy też spotkania, niezależnie od ich głębi i intensywności, nigdy nie są spotkaniami banalnymi. Niemniej jednak pozostaje oczywiste i to, że możemy je banalizować. Ma to miejsce choćby w tym znaczeniu, że realne i tajemnicze spotkanie z Chrystusem w Eucharystii i poprzez Eucharystię nie jawi się nam wystarczająco wielkie i piękne. Sam fakt, że takiemu spotkaniu-komunii ofiarowanemu przez Jezusa Chrystusa obiektywnie niczego nie brakuje, zachęca nas do uaktywnienia wrażliwości właściwej dla wiary. Spotkania ze świętymi i ich doświadczeniem Boga mogą być niezmiernie inspirujące.

Niniejszy artykuł ukazuje owoce próby pogłębionej analizy tekstu św. Teresy, która opisuje w *Księdze życia* swoje mistyczne spotkanie z Osobą, z Jezusem Chrystusem. Doświadczenie to miało miejsce w roku 1554. Lektura i analiza fragmentu *Księgi życia* z rozdziału 9 ogniskuje się wokół trzech kwestii: 1) kiedy miało miejsce doświadczenie; 2) na czym polegało lub jak przebiegało; 3) jakie były jego skutki. Całościowe ujęcie rezultatów lektury i analizy pozwala na potwierdzenie ogólnie przyjętego przekonania, że w następstwie doświadczenia Boga człowiek przestaje być egoistycznie skupiony na sobie, tak iż może bytować poddany Bogu z większą wolnością i prostotą. Tego rodzaju przemiana jest możliwa, gdyż doświadczenie mistyczne – jako akt wiary – prowadzi do głębokiego spotkania z tajemnicą Boga. O prawdziwości tego spotkania rozstrzyga obecność nowego poznania Boga i przemiana sposobów życia i postępowania.